

La frágil salud del Papa que renuncia por falta de fuerzas:

El Vaticano confirma que el Pontífice lleva un marcapasos desde hace diez años

Difteria de niño, hipertensión, artrosis y dos derrames cerebrales figuran en su hoja de vida.

Un día después de que Benedicto XVI fuera elegido para suceder a Juan Pablo II en el sillón de San Pedro el año 2005, su hermano mayor, Georg, dijo que no estaba completamente alegre por la noticia, que algo le preocupaba. “Espero que su salud aguante”, dijo, y luego precisó que en ese momento, cuando Ratzinger tenía 78 años, su estado de salud no era estable.

Desde ese día, el tema no sólo ha sido del interés de su familia, sino que también de todos los que han seguido el historial médico del Pontífice: una difteria casi mortal de niño, hipertensión, artrosis en el 50% de su cadera y dos derrames cerebrales son algunos de los problemas del Papa, quien en abril cumple 86 años.

La última noticia de su salud se reveló al mundo ayer, cuando el Vaticano confirmó que lleva desde hace diez años un marcapasos, y que hace poco menos de tres meses se sometió a una operación para cambiarle las pilas.

“Ha sido una intervención rutinaria, como aquella a la que se somete cualquiera que lleve un marcapasos”, dijo Federico Lombardi, el portavoz de la Santa Sede. “Y desde luego no tiene nada que ver con la decisión del Santo Padre de renunciar”, agregó, reiterando además que el Pontífice actualmente no tiene enfermedades específicas.

El vocero del Vaticano respondía así a la información que divulgó el diario italiano Il Sole 24 Ore horas antes, que indicó que la operación se practicó en la clínica Pío XI por el cirujano Luigi Chiarelli, director de la cátedra de Medicina de la Universidad Romana de Tor Vergata.

Se llevó a cabo un sábado bajo completa discreción y el Papa se recuperó con normalidad, como quedó demostrado al día si-

La ficha médica del Papa



Septiembre de 1991: Sufre una hemorragia cerebral que lo mantiene hospitalizado diez días en la Clínica Pío XI de Roma y de la que se recuperó satisfactoriamente.

Agosto de 1992: El entonces cardenal Joseph Ratzinger resbala en el baño de la residencia de la localidad alpina italiana de Bressanone, donde se alojaba. Se golpea la cabeza, por lo que tuvieron que darle puntos de sutura y permaneció hospitalizado.

Problemas de visión en el ojo derecho.

Julio de 2009: Fractura de la muñeca derecha, tras resbalar en la casa de Les Combes, en la región alpina italiana del Valle de Aosta, donde pasaba unos días de descanso.

Artrosis en el 50% de su cadera.

Mayo de 2008: Trepieza durante la misa de Pentecostés, en la basílica de San Pedro, y golpea su rodilla.

64 años tenía Benedicto XVI cuando sufrió un derrame cerebral, el primer acontecimiento importante en su registro médico.

guiente, cuando retomó sus funciones en la cita del Ángelus.

Pero el propio Ratzinger dijo que su decisión de renunciar al Pontificado se debía a que en los últimos meses sentía disminuidas sus fuerzas físicas. Su primer contratiempo importante —sin contar una herida de guerra en

una mano— fue un derrame cerebral en 1991, cuando tenía 64 años. Se recuperó satisfactoriamente, pese a que le dejó leves secuelas visibles en la cara.

Profuso historial

Tras un viaje a Estados Unidos en abril de 2008, algunos medios de comunicación reaccionaron ante el estado de salud del Papa y aseguraron que se había deteriorado, lo que fue desmentido por Lombardi, quien dijo que se encontraba bien. El francés Le Figaro escribió que para

nadie era secreto “la fragilidad del corazón” del Papa y destacó que desde hacía tiempo se habían reducido las audiencias, que había desistido a seguir de pie el Vía Crucis en el Coliseo de Roma, que en varias ocasiones no había leído los discursos previstos, y que después de EE.UU., se suspendió la audiencia pública de los miércoles.

Lombardi respondió que la audiencia se había suspendido con anterioridad para permitirle descansar, teniendo en cuenta que el Pontífice tenía ya 81 años y había realizado un viaje, largo y fatigoso.

Uno de los sustos más grandes fue cuando el 17 de julio de 2009 se fracturó la muñeca derecha al resbalar en la casa de Les Combes, en la región alpina italiana del Valle de Aosta, donde estaba de vacaciones. Fue trasladado a un hospital cercano y operado con anestesia local. Se trató, según contó Manuel Mancini, el jefe de traumatología del hospital que le operó, de una intervención de rutina, llamada a “cielo abierto”, que no involucró ningún corte, sino la simple aplicación, a través de orificios, de algunos hilos de metal para man-



28 de marzo de 2010:

Por primera vez en sus casi cinco años de pontificado, Benedicto XVI preside desde el “papamóvil” la procesión de las Palmas del Domingo de Ramos en la plaza de San Pedro del Vaticano.



16 de octubre de 2011:

Benedicto XVI utiliza por primera vez una plataforma móvil para trasladarse durante una misa en la basílica de San Pedro.



23 de marzo de 2012:

El Papa se ayuda por primera vez en público de un bastón para caminar, durante la ceremonia de despedida en el aeropuerto de Fiumicino, en Roma, antes de viajar a México y Cuba.

NO AL DEPORTE

El Papa ha confesado que su hobby favorito es pasear, pero también ha reconocido que no le gustó nunca hacer deporte, lo único que hacía era subir siempre las escaleras a pie.

tener la muñeca en posición, con lo que se redujo la fractura.

Esa fue la segunda vez en 17 años que el Papa sufría una caída. En agosto de 1992, el cardenal Joseph Ratzinger resbaló en el baño de la residencia de la localidad alpina italiana de Bressanone donde se alojaba. Se golpeó la cabeza, necesitó 10 puntos de sutura y permaneció varios días hospitalizado.

Pasó más de una década para que Ratzinger sufriera el segundo de sus derrames cerebrales, en mayo de 2005. Desde entonces redujo su actividad y descansaba regularmente cada día.

El 28 de marzo de 2010, por primera vez en sus casi cinco años de Pontificado, Benedicto presidió desde el “papamóvil” la procesión de las Palmas del Domingo de Ramos en la plaza de San Pedro del Vaticano.

Las alarmas volvieron a saltar el 16 de octubre de 2011, al ver como el Papa utilizaba por primera vez una plataforma móvil para trasladarse durante una misa en la basílica de San Pedro.

Y el 23 de marzo de 2012, se ayudó por primera vez en público de un bastón para caminar, durante la ceremonia de despedida en el aeropuerto de Fiumicino, en Roma, antes de viajar a México y Cuba.

Con un profuso historial médico, la salud del Pontífice podría haber sido un problema mayor en su vida debido a una difteria casi mortal que sufrió de niño. Sin embargo, para cuando cumplió siete años de Pontificado, podía sentirse orgulloso de ser quizás el único Papa que nunca tuvo que cancelar audiencias o ceremonias por gripe u otra enfermedad. Incluso es donante de órganos.



EL PRINCIPAL MOTIVO que determinó la renuncia del Papa fue el bien de la Iglesia, aseguran teólogos. En la foto de 2003, el entonces cardenal Ratzinger daba las felicitaciones navideñas a Juan Pablo II.

Desde el principio rompió la línea de los últimos papas:

Renuncia refleja “libertad de espíritu” de Benedicto XVI

“Ha decidido pasar el testigo a otro más joven, y eso podría ser incluso un acierto”, dice uno de sus biógrafos.

ALICIA TAGLE

La renuncia de Benedicto XVI sorprendió al mundo entero y quebró los esquemas mantenidos durante seis siglos, en los que ningún otro Papa había dimitido. E inmediatamente dio pie a comparaciones con el fin del papado de su antecesor inmediato, Juan Pablo II, quien falleció luego de casi 27 años a la cabeza de la Iglesia Católica.

Que un Papa deje su mandato al morir o que renuncie cuando se siente física y espiritualmente inhabilitado es una decisión que responde, según aseguran los expertos, al modo y carácter con que el Pontífice ha dirigido el Vaticano y comprende su labor.

Son maneras distintas de en-

frentar el término del papado, “tal como corresponde a personalidades tan diferentes como las de Wojtyla y Ratzinger”, asegura a “El Mercurio” Pablo Blanco, teólogo y biógrafo del Papa. Y agrega que “el testimonio casi martirial de Juan Pablo II fue un ejemplo vivo para muchos, mientras la discreta retirada de Benedicto XVI podría ser lo mejor para la Iglesia en estos momentos concretos”.

En este mismo sentido, el teólogo Fermín Labarga, académico de la Universidad de Navarra, explica que desde que fue elegido Benedicto XVI rompió la línea de los últimos papas y mostró un “talante muy personal”. “Su renuncia ha sido la culminación de una serie de

gestos que ponen de manifiesto la gran libertad de su espíritu”, dice sobre el Papa, de quien estima que tomó decisiones “valientes” e incluso “polémicas”, intentó “purificar la Iglesia de lastres y pecados”, y rompió con “costumbres muy asentadas, como el uso de la tiara en el escudo pontificio”.

La decisión del Pontífice ha revelado “la coherencia sobre lo que piensa del papado” —agrega Blanco—, donde el Papa trabaja junto con los demás obispos. “No pasa nada si una pieza deja de funcionar todo lo bien que debería: se cambia y se pone otra nueva que pueda funcionar mejor. El Papa ha decidido pasar el testigo a otro más joven y con más vigor, y eso podría ser incluso un acierto”, dice.

Wojtyla y Ratzinger, dos despedidas muy diferentes

La inesperada salida de escena de Benedicto XVI contrasta con la conmoción por la muerte de Juan Pablo II.

SILVIA PISANI | LA NACIÓN

JOSEPH RATZINGER acaba de ganarse un lugar en la historia por su inesperado modo de salir de escena. Un recurso con el que, tal vez sin proponérselo, contrasta —a su modo— con la conmoción de aquellos días de abril de 2005, cuando la Plaza San Pedro se extendió más allá de sus límites para albergar a la multitud que acompañó a su predecesor, Karol Wojtyla, apartado del papado y de la vida tras una agonía lacerante.

Fue hace siete años. En lugar del rigor de un comunicado y una conferencia de prensa, Juan Pablo II se apartó del papado solo cuando lo quiso la muerte y luego de que la enfermedad estragara su cuerpo al extremo de que muchos clamaron por su renuncia. Justo lo contrario de este Papa.

La muerte y la despedida de Juan Pablo marcan, en el pasado reciente, uno de los momentos de mayor imbricación, en el dolor y en sentimiento, entre la Iglesia como institución y una multitud que no necesariamente conculga con su dogma.

Todo se dio vuelta. Era el 2 de abril de 2005. Hacía mucho frío en Roma y no paraba de llover. La noticia era que la salud del Papa se había agravado y el desenlace era irreversible. Con velas y rosarios, miles de personas

ocuparon la Plaza San Pedro, mirando a las ventanas de la vivienda papal, con una tenue luz tras los cortinados.

HABÍA DE TODO en esa plaza. Católicos y no católicos. Gente que sabía el Padrenuestro y gente que no lo había recitado nunca. De muchos podría pensarse que no tendrían motivos para estar allí. “Estoy acá porque Juan Pablo es mucho más que un dogma”, decía un joven tras admitir que, por ser homosexual, podría tener diferencias con el Papa. No le importaba.

Eran tiempos sin redes sociales y los teléfonos no eran tan “inteligentes”. La inmediatez era un poco más lenta en una plaza donde la información corría a golpe de murmullo. Había algo parecido a ondas expansivas con cada dato que llegaba.

Era una multitud ávida y presa, a la vez, de rumores. El tráfico medraba en las dos horas de silencio entre cada espasmo de información que soltaba el Vaticano. “El Papa se apaga serenamente”, sostuvo uno de los últimos partes. Daba la impresión de que en la plaza no cabía un alfiler y seguía llegando gente.

UN ACOMPAÑAMIENTO multitudinario que se tejió sobre una red de culturas distintas, sazonadas por rezos, perplejidad o silencio. Hubo, de pronto, movimiento de luces en las ventanas de Wojtyla. Algo fuera de lo

normal en aquel obsesivo mirar a una misma ventana y una misma luz. De pronto, se apagaron algunas de esas luces y otras se encendieron. La multitud exclamó como si entendiera ese lenguaje de escenografía. Para cuando llegó el mensaje, la gente ya lo sabía: “El Papa ha retornado a la casa del Padre”, fue la comunicación oficial.

Roma se dio vuelta. El protocolo del Vaticano se alteró como un guante. La norma suele ser que los presidentes asistan al nombramiento de un nuevo Papa y no a su muerte. Con Wojtyla fue al revés: su funeral fue un peregrinaje desde todo el mundo. La ciudad seguía abriendo puertas e instalando alojamientos donde ya no los había.

FUE RATZINGER el bastonero del funeral. Una ceremonia donde la belleza se convirtió en poder. El discurso colectivo recitó un sentimiento de orfandad. Juan Pablo se despedía hablando mucho más allá de las fronteras de su Iglesia.

Pero la Plaza San Pedro no siempre es así. Días después se dividiría. El 19 de abril no todos celebraron la elección de Benedicto XVI y algunos se retiraron, decepcionados. Empezaba para el cardenal alemán el dolor de cabeza del buen pastor: convocar más allá de los fieles.

No se sabe aún cómo será la plaza a las 20 horas del próximo 28, cuando Ratzinger la mire, por última vez, vestido de blanco. Es difícil pensar que el Vaticano, maestro en escenografías, no esté pensando ya en ello. Después de seis siglos sin papas renunciantes, la buena despedida puede ser todo un arte para la historia.

No se sabe aún cómo será la plaza a las 20 horas del próximo 28, cuando Ratzinger la mire, por última vez, vestido de blanco.